

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

FACULTAD DE PSICOLOGIA



Trabajo Integrador Final

“Toxicomanía y posmodernidad”

Autora: Banchio Sofía.

Legajo: B-2776/6.

Docente responsable: Ps. Ramírez María Sol.

- 2018 -

Gracias

A Sol y Javier, por guiarme en este recorrido.

A Julieta, Guillermo, Bárbara, Eugenia, Lara y mi mamá, por los libros, la escucha, la predisposición.

A mi familia, por el aguante y el amor de todos estos años.

A mis amigos, por hacer de este tiempo el mejor.

A los que no están pero siguen en mí.

Índice

Resumen.....	4
La cultura del malestar.....	5
La anestesia que silencia.....	8
Yo quise fin y había más.....	12
Referencias bibliográficas.....	16

Resumen

El siguiente ensayo recorre la problemática de la toxicomanía en el tiempo actual, el de la posmodernidad, comenzando dicho recorrido desde un análisis acerca de la construcción de la subjetividad que predomina hoy en día en nuestra sociedad, marcada por el consumo, como sesgo distintivo de la época. Desde aquí se propone reflexionar acerca de la manera en que este contexto influye en el desarrollo de la toxicomanía, para poder así deslindar algunos aspectos propios de su abordaje y tratamiento desde el psicoanálisis.

Palabras claves: Posmodernidad-Consumo-Toxicomanía-Psicoanálisis.

La cultura del malestar

*"No sé lo que quiero, pero lo quiero ya
Si yo fuera tu esclavo te pediría más".
Sumo.*

Reflexionar, sobre los signos de la época y las problemáticas del consumo, exige sin dudas admitir que la constitución subjetiva, descansa en el a priori histórico que lo condiciona. La época imprime sus marcas en el devenir de una cultura, de la sociedad y por lo tanto en la construcción subjetiva de todos los que habitan en ella. La problemática de las adicciones ha ido adquiriendo variantes que la complejizan no sólo por la cantidad de objetos de consumo existentes hoy en día, sino también por la posición del sujeto en este mundo postmoderno, su particular modo de gozar y desear. (Rodríguez Rech. 2017). Esta problemática se ha ido transformando durante el paso del tiempo, en el cual varios cambios a nivel económico, político y por lo tanto social se han ido desarrollando a medida que estas mutaciones se iban desencadenando.

En relación a las transformaciones a las que anteriormente me referí, es posible nombrar en primer lugar la relevancia que cobró la globalización de la economía, la cual instaló el mercado y el consumo como valores supremos para el desarrollo de las sociedades, y por lo tanto nuevos parámetros para el devenir de la vida de los individuos.

En simultáneo con este pensamiento, desde hace varios años el avance arrasador del capitalismo y sus consecuencias, es decir, la globalización, la apertura del mercado multinacional al mundo, la producción masificada y por ende, la explosión del consumo, junto al avance desmedido de los sistemas comunicacionales y electrónicos, introdujeron e introducen sin descanso una transformación constante de la noción que se tiene de espacio y tiempo, las cuales impactan de manera decisiva en las formas de transitar el paso de todos los seres humanos por este planeta. (Lipovetsky. 2008).

Varios autores, filósofos y economistas de este tiempo, designan a este momento de la historia que estamos transitando desde hace algunos años hasta hoy en día como postmodernidad. Desentrañar el sentido de la posmodernidad abre paso a otra forma de comprender los cambios ocurridos durante la época en la cual vivimos y las nuevas formas de habitarla, para así poder ahondar acerca de los modos de construcción subjetiva propios de este tiempo y fundamentalmente reflexionar acerca de dicha construcción en aquellos sujetos que padecen las consecuencias del consumo.

En relación a lo anteriormente desarrollado me resulta interesante retomar aquel rasgo distintivo planteando por el filósofo y escritor argentino Nicolás Casullo, quien considera lo propio de este tiempo que estamos atravesando en estos términos:

Si bien el termino posmoderno remite a un diferenciado plano de posturas que van desde filosofías hermenéuticas, experiencias estéticas, diseños arquitectónicos, hasta ciertos modos de la industria cultural, su argumento más categórico, apunta a señalar el agotamiento del proyecto de la modernidad en la dimensión de sus grandes relatos legitimadores. (Casullo y comp. 1993. pág. 10)

El proyecto moderno al cual se refiere este autor, se edificó a partir de esta constelación progresiva de discursos hegemónicos que se han ido desarrollando paulatinamente en la Europa occidental de siglo XV a medida que la sociedad industrial iba desplegando sus artilugios tanto económicos como sociales y políticos. Diversos autores, sobre los cuales me he detenido a reflexionar para este ensayo, refieren sobre el impacto que tuvo tanto la caída

de estos grandes relatos, como ser el sostenido durante muchos siglos por la iglesia católica, la autoridad del estado, entre otros; así como también la deslegitimación de las grandes instituciones que abalaban estos discursos. Este paulatino derrumbamiento en diversas áreas comenzó a trazar otro marco filosófico y social para el contorno de nuestra sociedad y por lo tanto, de la vida de todos los individuos que formamos parte de la misma.

¿Cómo llamar a esa mar de fondo característica de nuestro tiempo, que en todas partes substituye la coerción por la comunicación, la prohibición por el placer, lo anónimo por lo personalizado, la reificación por la responsabilización y que en todas partes tiende a instituir un ambiente de proximidad, de ritmo y solicitud liberada del registro de la Ley? (Lipovetsky. 2003 pág. 17).

Este cuestionamiento que presenta Gilles Lipovetsky, filósofo y sociólogo francés, me lleva a reflexionar sobre la desregulación de las formas de vivir en sociedad, de alguna manera se puede pensar en que el ideal moderno de subordinación de lo individual a las reglas racionales colectivas se ha ido debilitando, y este proceso ha promovido y encarnado masivamente un valor fundamental, el de la realización personal, el respeto a la singularidad subjetiva, el del bien para sí. Sin embargo este derecho que se va moldeando en nuestra sociedad, de ser íntegramente uno mismo, de disfrutar al máximo de la vida, es inseparable de una sociedad que, ha erigido al individuo libre como valor supremo y no es más que la manifestación última de la ideología individualista, anclada en la posibilidad del consumo como la forma más exaltada de existencia: tener para ser. Pensar en estas transformaciones de los estilos de vida de nuestra sociedad me invita a reflexionar acerca de la revolución del consumo, ya que una no es sin la otra. En definitiva esto es lo que ha permitido ese desarrollo de los derechos y deseos del individuo, esa mutación en el orden de los valores individualistas. (Lipovetsky. 2003).

Eso es la sociedad posmoderna; no el más allá del consumo, sino su apoteosis, su extensión hasta la esfera privada, hasta en la imagen y el devenir del ego llamado a conocer el destino de la obsolescencia acelerada, de la movilidad, de la desestabilización. Consumo de la propia existencia a través de la proliferación de los mass media, del ocio, de las técnicas relacionales, el proceso de personalización genera el vacío en tecnicolor, la imprecisión existencial en y por la abundancia de modelos. (Lipovetsky. 2008. Pág 50).

Dentro del capitalismo, el consumismo se impone, sometiendo a los sujetos a la asunción de un papel de consumidor fragmentado, desvinculado de los otros ya que su única referencia es su propio deseo, que es algo íntimo y por tanto incompatible, volviéndose el egocentrismo el sentido con el cual opera el sujeto en la posmodernidad, donde estos huérfanos de la hegemonía del estado se acoplan en lo que Lipovetsky denomina como *“una sociedad que repudia la retórica del deber austero, integral, maniqueo y, paralelamente, corona los derechos individuales a la autonomía, al deseo, a la felicidad”* (Lipovetsky. 2008. pág 25).

Otro gran filósofo que ha vivido y pensado en esta época postmoderna fue Zigmund Bauman, considero relevante citarlo en esta producción ya que en relación a este proceso de derrumbamiento de las instituciones que contenían, de cierta manera, las formas de regular el ser social, este autor encuentra una interesante metáfora para poder describir dicho proceso, en el cual compara este momento como una fase líquida de la modernidad, donde según sus palabras las formas sociales “ya no pueden (ni se espera que puedan) mantener su forma por más tiempo, porque se descomponen y se derriten antes de que se cuente con el tiempo necesario para asumirlas y, una vez asumidas, ocupar el lugar que se les ha asignado” (Bauman. 2008. pág 7). Siguiendo el hilo metafórico que plantea Bauman, es posible imaginar

que este derretimiento de las formas sociales traiga como consecuencia un constante fluir y transformar de las formas que mutan en el espacio social, afectando sincrónicamente las distintas estructuras de la sociedad, donde lo que pareciera el único patrón constante, solidificado, es la figura del individuo. En Vida Liquida Bauman (2007) dedica especialmente un capítulo a los consumidores en la sociedad moderna en el cual plantea que la existencia de la sociedad de consumo, se sostiene en la promesa de satisfacer deseos, promesa que cobra valor en la medida en que los deseos permanecen siempre insatisfechos. De la necesidad se pasa a la compulsión o a la adicción. Los objetos de consumo se promueven para ser luego devaluados, pero lo que se devalúa es el sujeto. (Salamone. 2012).

Por lo tanto, no es de extrañar que en este escenario surja un culto a lo individual que se manifiesta en bastos escenarios como por ejemplo en la economía neoliberalista y sus diferentes expresiones como ser: la salud, a través de nuevas dietas, comida orgánica, macrobiótica, tiempos en donde todo lo que sea “*fit*”, “*light*”, “reducido en su valor calórico” es sinónimo de saludable; en la medicina alternativa con sus diversificadas corrientes y distintos métodos que pregonan el acceso a la salud de una manera más holística; dentro de la religión, sectas New Age, con la chapa que presta el sistema filosófico y religioso del budismo zen, técnicas tibetanas de relajación, mindfulness, artilugios que salen al mercado y te prometen que es posible despejar tu mente y dejarla en blanco para volver a pensar más y mejor; y dentro de este conglomerado de ofertas a la carta no puedo dejar de nombrar aquello que se distingue, porque es lo que hoy me impulsa a escribir estas líneas y tiene que ver con las toxicomanías y las sustancias. Hoy en día existen en el mercado drogas de diseño, un sinnúmero de narcóticos creados en laboratorios alterados genéticamente para un mayor efecto y una mejor ganancia, también están aquellas que se cultivan de manera orgánica adentro de armarios con luces led, están las que se venden en las villas, rebajadas y diluidas con solventes, están las que se consumen en las grandes fiestas electrónicas, las hay para todos los gustos. Y por supuesto que en esta escueta lista no me habría de olvidar a la gran red psicofarmacéutica y todos sus productos, con su enorme cantidad de ofertas que prometen paliar el dolor de existir en una sociedad que nos rompe a pedazos, fragmentos individuales que pugnan por sobrevivir. (Assef. 2014)

Esta es la cultura del consumo centrada en el hedonismo, porque ésta es una sociedad que, lejos de exaltar los órdenes superiores, los eufemiza y los descree, una sociedad que desvaloriza el altruismo, la generosidad, el lugar del otro, estimulando sistemáticamente los deseos inmediatos, la pasión del ego, la felicidad instantánea y materialista, este es el placer del sujeto en un para sí respecto a los demás, donde lo importante es el goce egocentrista. (Lipovetsky, 2008).

En consonancia con estos pensamientos, me parece importante destacar aquello expresado por el filósofo francés contemporáneo Dany Robert Dufour en su libro El arte de Reducir Cabezas, “*estas mutaciones no son más que acontecimientos, de los que todos hemos oído hablar: dominio de la mercancía, dificultades de subjetivación y socialización, adicciones o toxicomanías, multiplicación de los pasajes al acto, nuevas violencias y nuevas formas de sacrificios.*” (Dufour, 2009. Pág 85). El todo parece ser posible a cualquier precio, sin historia, en simultáneo, sin identidad, la satisfacción tiene que ser ya, el tiempo y el espacio pierden su real dimensión, el lenguaje se agota, se asoman nuevos modos de comunicación, una sociedad abarrotada de objetos que sin duda producen un aplastamiento subjetivo, en el cual ya no hay garantes que legitimen la palabra, y de alguna manera, por más que pretendan estar continuamente conectados, están en absoluta soledad.

Estos son los modos de habitar esta época, esta es la forma de vincularse con todo aquello que se consume, la manera de relacionarnos con los objetos es la marca distintiva de este tiempo capitalista, momentos en los que se dificulta dejar un lugar para que surja una pregunta, un cuestionamiento acerca de la posición subjetiva; esto posibilita de alguna manera, que el sujeto pueda seguir en esa ignorancia acerca de su responsabilidad, de lo que

a él le implica por ejemplo, el consumo de sustancias en la toxicomanía, ya que en este caso es el tema que aquí me convoca. Siguiendo en esta línea, aparece así la relación con dichos objetos, dentro de los cuales, cualquiera puede adquirir esa dimensión consumista, ya que por la influencia de la publicidad, de las grandes marcas, las redes sociales, en fin a través de todos los medios de comunicación, los cuales siempre atestan de ofertas eternamente seductoras, parece ser que casi todo lo que existe es necesario: droga, internet, comida, compras, parejas, deportes, cirugías, etc. Objetos del mercado investidos por el sujeto de una gran cantidad de propiedades inacabables, son mágicos, certeros, contundentes, con los cuales es posible mantener una relación pasional, voraz; una vinculación idealizada y siniestra de la que no se puede escapar y que en bastas ocasiones ocupan un lugar desde el cual el sujeto los pone como excusa para poder delegar, responsabilizar el mal que le aqueja, el dolor que le invade, logrando así que muchas veces pueda conseguir, desvincularse de la implicación subjetiva que le compete su padecer. Lo adictivo, lo tóxico, lo que crea dependencia no son los objetos en sí, sino el lugar que han venido a ocupar los mismos en la economía psíquica del sujeto.

No existe ni existió una sociedad sin drogas. Haciendo un recorrido por la historia y por la literatura es posible ver que desde los orígenes hubo un producto que funcionó de una manera distinta del resto y que se caracterizó por ir más allá de la búsqueda de la satisfacción de las necesidades básicas. A lo largo del tiempo, sin embargo se puede reconocer un desplazamiento: las drogas fueron ocupando distintos lugares en el imaginario social y por ende en la subjetividad; por ejemplo el uso del opio como paliativo del dolor se remonta al antiguo Egipto, y se sabe de los diferentes usos medicinales y ceremoniales de la ayahuasca por parte de chamanes en Sudamérica. Sin embargo, no fue hasta hace muy pocas décadas que empieza a esparcirse dentro de la sociedad un discurso sobre el flagelo de la droga. A pesar de los cambios en relación a las distintas funciones que han ido adquiriendo las sustancias durante la historia de nuestra civilización, no se puede dejar de vislumbrar que tuvieron siempre un sentido en la vida psíquica y emocional del sujeto, ocupando un lugar en su discurso, el cual siempre se ha visto condicionado por las formas de construcción de subjetividad propias de la sociedad en un momento determinado de la historia, tal como lo he explicado en líneas anteriores.

La anestesia que silencia

*"Hoy mi corazón se aturde de silencio".
Los Tipitos.*

En relación a estas conceptualizaciones me parece importante traer a esta reflexión aquellos aportes realizados por Sigmund Freud en el año 1930, acerca del malestar en la cultura de su tiempo. Según el padre del psicoanálisis, la entrada a la cultura nos plantea múltiples y variadas exigencias, el sufrimiento nos ataca por diferentes vías: desde el cuerpo propio, desde el mundo exterior y desde la relación con los otros. El propósito principal del sujeto es evitar el displacer que conlleva ese sufrimiento, y para cada fuente de padecimiento hay distintos tipos de protección; la que más le llama la atención a Freud es la que opera sobre el sufrimiento situado en el cuerpo propio, es aquí donde ubica la eficacia de lo que él denomina quitapenas, y la función del mismo para mitigar el malestar que implica forma parte de la cultura de la época (Freud, 1990):

Esta aspiración tiene dos costados, una meta positiva y una negativa: por una parte quieren la ausencia del dolor y de displacer; por otra, vivenciar intensos sentimientos de placer. Lo que se consigue mediante las sustancias embriagadoras en la lucha por la felicidad y por el alejamiento de la miseria es apreciado como un bien tan grande que individuos y aun pueblos enteros les han asignado una posición fija en su economía libidinal. No sólo se les debe la ganancia inmediata de placer, sino una cuota de independencia, ardientemente anhelada, respecto del mundo exterior. Bien se sabe que con ayuda de los «quitapenas» es posible sustraerse en cualquier momento de la presión de la realidad y refugiarse en un mundo propio, que ofrece mejores condiciones de sensación (Freud. 1990. Pág 78).

En este sentido, tanto en ese tiempo como hoy en día se persiguen los mismos objetivos: alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla, evitar el sufrimiento. Reflexionando acerca de lo anteriormente desarrollado, puedo pensar al respecto que la sustancia cumple una función, tapar algo que duele, pero a su vez genera también un disfrute; hay algo que va más allá del principio del placer que es puesto en juego en el uso de sustancias, el cual me lleva a pensar en un escenario donde lo mortífero hace su entrada. ¿Dónde se deja ver? ¿En qué se pone de manifiesto esto que no tiene representantes? Puedo pensar que es allí en la presencia inquietante de la ausencia de límites, en la aproximación al todo es posible, en el exceso, en lo que escapa al control, porque no hay un hasta dónde, por lo tanto no hay un registro acerca de cuándo detenerse, del momento en el que una situación pasa de placentera al registro del dolor. Al decir de Claude Rabant *“Si la prohibición es la disposición legal que establece el rechazo de satisfacer una pulsión ¿Qué quiere decir el hecho de que una pulsión no pueda ser satisfecha?(...) Lo prohibido marca los puntos de equilibrio, hacia donde tienden, por efectos del discurso, los movimientos del deseo”* (Rabant. 2006. Pág. 27) y a través de esta reflexión, puedo pensar en la función de esos límites, de esa barrera que demarca, que contiene, que sujeta y a la vez separa, que en el caso de las toxicomanías se ve trastocado, desdibujado, transgredido por el consumo irrefrenable, ese que busca el final, sin saber hasta dónde puede llegar.

Retomo nuevamente lo desarrollado sobre la noción de sustancia, concepto a través del cual me voy acercando al quid de esta cuestión, las toxicomanías, es interesante reflexionar acerca de las elucubraciones planteadas por la psicoanalista francesa Silvie Le Poulichet (1990) en relación al Pharmakon, concepto que a su vez toma de Jaques Derrida. En este sentido lo que la autora transmite es que el Pharmakon alude a esa propiedad particular de ciertas sustancias, que de acuerdo a la dosis suministrada pueden ser tanto un remedio como un veneno. Al decir de Le Poulichet (1990) *“es el acto mismo de la prescripción el que asigna al farmakon su identidad o el que traza la línea de separación entre el remedio y el veneno”*. A esta definición llega la autora después de reparar en el uso de los psicotópicos-remedios que se utilizan para el tratamiento de la psicosis y el psicotrópico-veneno que engendra la toxicomanía. En este sentido continúa Le Poulichet citando este apartado dentro de su escrito en el cual se termina por aclarar que *“un medicamento, cuando su utilización ya no resulta de una prescripción médica y se abusa de él, se convierte en una droga”*. (Poulichet. 1990. Pág. 34)

En relación a lo desarrollado hasta aquí puedo pensar que más allá de lo tóxico, palabra que deriva del griego *toxicon* y significa veneno, la sustancia, los fármacos, la droga, no son peligrosos por sí mismos, sino que es necesario reflexionar acerca del lugar que han venido a ocupar en la economía psíquica de la persona que los ingiere, que los consume, que no puede dejar de hacerlo. En este sentido, puedo acercarme a una respuesta, pasando rápidamente por aquello que define la Real Academia Española como toxicomanía: *“hábito patológico de intoxicarse con sustancias que procuran sensaciones agradables o que suprimen el dolor”* (RAE. 2018). La OMS por su parte habla de un *“estado de intoxicación periódica o crónica*

originada por el consumo repetido de una droga” (OMS. 1989), entendiendo el concepto de droga como una sustancia que afecta de diversas maneras el sistema nervioso central.

En este escenario, podría pensar cómo los sujetos con problemas de adicción vienen a ser investidos por diferentes saberes que adjudican ciertas características acerca de su situación y los rotulan en función de su condición fisiológica u orgánica de adictos, excluyendo así al sujeto y dirigiéndose en primer lugar al efecto de la droga ingerida en el organismo, haciendo hincapié en el hecho del consumo periódico de sustancias. En general, los saberes del médico y del adicto se centran en torno al tóxico, y de este modo se consagra la omnipotencia de la sustancia, ausentándose lo subjetivo. No se trata de invalidar el creciente saber de la fisiología de la adicción sobre las consecuencias negativas acerca del consumo de sustancias, ya que está claro que éstas tienen efectos en el organismo y es necesario hacerse eco de los mismos, sino que en este sentido considero relevante reconocer la existencia de toxicomanías extremadamente variadas en sujetos que consumen la misma sustancia, lo que permite elucidar que más allá de la composición química de la droga, algo varía en relación al sujeto que la consume. Es por ello que insisto en remarcar el hecho de que no solo el consumo de sustancias puede derivar en una adicción, hoy en día los medios de comunicación bombardean sin descanso a un público de todas las edades a probar, a consumir de todo y en gran cantidad, ofreciendo numerosos objetos, mercancías a los cuales de alguna manera es casi imposible no quedar fijados, embobados, prendidos.

Desde aquí lo que propongo entonces, es poder virar la atención de este planeta atestado de objetos de consumo para centrar este desarrollo en el sujeto que habita en este mundo, que se construye día a día en este espacio y tiempo presente. Algo si está claro y es el hecho de que la sustancia ocupa un lugar determinado en el funcionamiento psíquico del sujeto, y es desde aquí por donde voy a empezar a buscar algunas de las respuestas a la cuestión de la toxicomanía.

Teniendo en cuenta los miramientos planteados hasta este momento, considero relevante apuntar en dirección a lo desarrollado por el psicoanalista argentino Guillermo Mattioli respecto al posicionamiento del psicólogo en relación a la problemática del consumo. Éste autor propone centrar el debate en torno a la drogadicción desde la toxicomanía:

Según esta posición las razones que llevan a alguien a convertirse en drogodependiente deben buscarse en la personalidad misma, sin restarle importancia al peso causal del hecho de la existencia de las drogas, así como tampoco a la influencia de la sociedad, donde hay que ir a buscar es en la personalidad del adicto, en sus sucesos traumáticos, conflictos familiares, etc. Ésta es una idea que rara vez se encuentra en los propios toxicómanos quienes no suelen conectar su adicción con el resto de su historia, así como con rasgos de su carácter o padecimientos psíquicos. La noción misma de sufrimiento psíquico es bastante extraña al adicto en quien por el contrario, este padecimiento se trasmuta en dolor físico (...) La construcción de un síntoma se basa en una activa ignorancia respecto de uno mismo, esto es particularmente visible en el adicto. (Mattioli. 1989. Pág. 150)

En este sentido, siguiendo con los lineamientos del autor, me parece relevante destacar los aportes del psicoanálisis, los cuales adquieren un lugar privilegiado porque contribuyen a la posibilidad de entender a la toxicomanía no como una patología observable fácticamente, sino como una forma de captura del objeto en el entramado subjetivo de quien padece. Quizás lo que se esté manifestando es que la manera en la que se presenta la toxicomanía en nuestra época sí es novedosa, por estar constituida como he indicado anteriormente por el entrecruzamiento de discursos que hacen de la droga su objeto. Ningún padecimiento subjetivo está deslindado de su contexto cultural, lo que se presenta en la clínica no es una

afección atemporal, por lo cual este hecho me convoca a reflexionar acerca de cuáles son las formas de ahondar en dicha problemática en este tiempo, y por lo tanto las maneras de actuar en consecuencia. (Fischer S.f.)

Respecto a estas dilucidaciones, considero relevante rescatar aquellas preguntas que pude ir deslindando a través de la lectura realizada para escribir estas líneas como aquellos cuestionamientos desarrollados por otros profesionales. En este caso me parece oportuno retomar la pregunta planteada por el psiquiatra y psicoanalista Angel Mateu (S.f.): *“Adicto, a-dicto, el que soporta ésta designación ¿No está siendo silenciado en tanto actúa y le es imposible poner en palabras, por el efecto de velamiento que el objeto le produce, las marcas que hicieron trazo en su vida?”*

En general cuando se habla de adicción se esgrime dicho término para indicar la habituación o dependencia a ciertos objetos tales como el tabaco, el café, el alcohol, las sustancias alucinógenas, los estimulantes, etc. Este término, adicción, se acuña por el entrecruzamiento del discurso médico y del discurso social, definiendo una conducta compleja que tiene su anclaje en los efectos clínicos y sociales que la misma produce. El sujeto atrapado en esta designación queda doblemente sometido: por un lado al sufrimiento personal en tanto implica un exceso en su cuerpo y en su propio accionar que le es imposible de manejar, de prever, que a su vez le impide hablar sobre esto que le acontece, tal como se desglosa la partición del concepto a-dicción, sin decir; y por el otro, a la condena social, ya que conlleva una marca que ronda la estigmatización, derivada de su condición de figura penalizable por la ley, ya que en bastas ocasiones se considera que muchas de las drogas que se consumen son ilegales y que el acto mismo de consumir sustancias proviene o se deriva en hechos de delincuencia.

Me resulta oportuno reparar en las conceptualizaciones aportadas por el psicoanalista Luis Darío Salamone (2014), autor argentino, quien en una de sus publicaciones explora este horizonte del vacío de palabras que habita en la adicción:

Hay algo que resulta estructural y que hay que interrogar. Se trata de la relación que el sujeto puede mantener con una sustancia tóxica. Hay algo del silencio que se juega a ese nivel y resulta estructural porque el sujeto puede, a partir de una droga, acallar cierta problemática de una manera tan contundente, tan radical, que hace que, por mucho tiempo, incluso en el psicoanálisis mismo, no se haya hablado demasiado de estas cuestiones. (Salamone. 2014. Pág. 23)

Existe una dialéctica entre lo que es posible de expresar, de decir sobre y con la droga, y también aquello que permanece imposible. Esta doble faz de los efectos del consumo de la sustancia, que por un lado desinhibe, empuja a expresar, a hacer y por otro lado, esa experiencia que por sí misma guarda en lo más profundo de aquel que pone el cuerpo y el alma en ese acto, un silencio agudo, quieto, indescifrable. Esto tiene tanto su explicación biológica como psicológica, ya que en un principio el consumo de drogas ataca directamente a las funciones cognitivas de la mente, en tanto que las mismas alojan aquello que permite la puesta en juego de lo simbólico, de lo que concierne al funcionamiento del aparato psíquico. La ingesta de sustancias destruye las posibilidades de conexiones lógicas y el lenguaje en general, sustituyendo todo esto por *“una clarividencia intuitiva en la que todo encaja de una manera maravillosa y totalizante, y en la que los pensamientos son reemplazados por intensas percepciones.”* (Mattioli.1989. Pág. 48).

En este sentido los contenidos molestos, esas cuestiones que la represión no termina de desalojar, encuentran en las drogas un poderoso auxiliar para hacerlo. Esta es una forma de silencio que puede resultar más eficaz que la obtenida por la represión sin el tóxico como auxiliar. Pero todo eso no es sin consecuencias: no hay represión sin retorno de lo reprimido, no hay cancelación, por más tóxica que sea, sin que eso vuelva a resurgir de alguna manera. En oportunidades ese retorno es silencioso, en otras no tanto. Este vacío que se presenta

través del efecto doloroso de la ausencia de la palabra, de la incapacidad de poner en funcionamiento ciertas acciones que les permitan concretar lo que se plantea como anhelo, de la feroz demanda que lo amarra a la posición de objeto de puro goce, de la inestabilidad que conlleva el no tener un alojamiento sólido en el reconocimiento del Otro que los habilite como sujetos diferenciados de él. Ante esto, la sensación que aparece en el cuerpo, placentera, momentánea del efecto de las drogas, a la que se le suma un cierto efecto de la cancelación del malestar derivado del dolor, esto puede parecer muchas veces una acción útil frente a la ilusión de poder alcanzar la felicidad a través de la eliminación del displacer. (Gutierrez Segú. S.f.)

Este valor idealizado de las drogas y del sistema que constituyen se sostiene más allá de que deje de resultar efectivo, prueba de ellos son los pacientes que recurren al tratamiento, y que lo hacen en el momento en el que el malestar ha superado las barreras puestas por el sistema adictivo (Salamone. 2012).

En consonancia a este planteamiento, vuelvo sobre las palabras de Rabant: “El borramiento, la extinción, el silencio ¿no es lo que caracteriza la pulsión oral bajo la forma extrema de violencia, cuando involucra a la pulsión de muerte?” (Rabant. 1989. Pág. 30) Las pulsiones de muerte son silenciosas en su accionar, hasta algo de ese sigilo puede tornarse estridente para un sujeto que no encuentra la forma, la manera de poder expresar lo que siente frente a ese dolor. Pienso que en este sentido, la apuesta sería que este sujeto pueda ir saliendo de ese mutismo propiciado por la represión, reforzado por el consumo de drogas, para que pueda volver a encontrarse con el lenguaje y enfrentarse finalmente al silencio de estas pulsiones, sin sepultarlo como antes había intentado hacer.

Yo quise fin y había más

*“Yo quise más, no había fin
Lo que yo quise encontrar
Estaba atrás y no aquí”.
Charly García*

Todo lo abarcado en este escrito no hizo más que abrir preguntas, y en este sentido no puedo pensar en un fin, en términos de conclusión sino de apertura, a nuevos cuestionamientos en base a lo desarrollado. Desde aquí me pregunto: ¿Cómo poner límite a un goce insistente y repetitivo que tiene a la mano un objeto tan adecuado a sus fines? ¿Cómo hacer discurrir por los canales simbólicos lo que se resiste a ser dicho? ¿Cómo posicionar mi escucha frente a un sujeto que no puede parar de hacer y no puede decir nada al respecto? ¿Cómo alojar tanto acto? ¿De qué manera intervenir frente a lo que no cesa de no decirse? ¿Cómo delinear un posible tratamiento en un mundo donde todo es consumible a toda hora y a todo costo y del cual también yo formo parte? ¿Cómo hacer surgir algo de lo singular, que permita narrar una historia propia, más allá del consumo? Recuerdo las palabras de Salamone al respecto de estos mismos planteamientos:

La cuestión del uso de drogas nos interpela en la actualidad a los psicoanalistas como una de las formas de satisfacción frecuentemente elegidas por los sujetos de hoy, satisfacción que guarda una relación estrecha con la pulsión de muerte, modalidad de goce que resulta difícil de equiparar con cualquier otra. (Salamone. 2014. Pág 49).

Como corolario de los sesgos propios de esta era en la cual nunca alcanza nada y pareciera que todo no es suficiente, y de esta manera retomando lo planteado al inicio de este escrito, pienso al respecto que cada época sin duda deja su impronta en los padecimientos que hoy me llevan a pensar acerca del oficio del psicólogo en estos tiempos. Todo lo leído me hace preguntar y repreguntarme al respecto de esta problemática que me mantiene escribiendo estas páginas, la toxicomanía. En relación al tema que hoy me convoca, considero que es necesario partir de la posibilidad de construir un espacio que posibilite la apertura a lo que se puede decir, a la palabra, donde sea posible pensar en términos de renuncia al amparo absoluto y al goce sin límites que brinda el consumo y que de alguna manera es lo que obtura y no permite la circulación del deseo, la formulación de una pregunta acerca de quién es ese sujeto y porque se escapa de encontrarse con aquello no comprendido, intento que siempre va ser fallido, ya que la caída de los efectos del objeto droga en cualquiera de sus formas, siempre lleva a encontrarse con lo más temido, con lo que no se quiere saber. En este sentido, pienso en lo difícil que puede resultar renunciar a esa satisfacción pulsional obtenida, para la mayoría de los sujetos es más urgente sostener esa satisfacción que su bienestar mismo.

Pensar sobre la toxicomanía en estas circunstancias, me anima a reflexionar acerca de la posibilidad de ir más allá del significante que designa un estado de dependencia, del drogadicto, del adicto en recuperación, para dar lugar a que algo de lo singular emerja, en este sentido sostengo que es posible trabajar para abandonar la ignorancia aunque angustie, para lograr algo en el orden del saber, para restablecer un lazo social, un lugar de construcción que funcione en pos de un proyecto de vida, donde el deseo pueda fluir, donde algo del brillo pueda aparecer:

Se trata de abrir la posibilidad de esa otra modalidad, capaz de aferrarse a la palabra, valiéndose de la condición del amor. Prestarse a la transferencia es el camino. ¿Por qué el amor? Porque podrá resultar engañoso, pero sin embargo nos abre la puerta a la dimensión de la falta. (Salamone. 2012. Pág. 30).

En este sentido, considero importante destacar el hecho de que poder alojar al paciente desde la transferencia es lo que posibilita llegar al corazón de esto que emerge como una repetición, esta cuestión de que alguien sin saberlo, reitere siempre lo que en definitiva lo condena, y que aparentemente acarreado por las gratificaciones de sus actos, concluya siempre en el lugar de mayor fracaso. Esta especie de fenómeno enigmático no se resuelve por el hecho de explicarle al paciente lo que le pasa y enfrentarlo con la realidad, sino que es necesario dar lugar a la escucha, a la palabra del sujeto, y así poder de alguna manera desplazar el punto en el cual este paciente fue hablado toda su vida. (Kuri, 1999). En esta instancia me parece necesario regresar a las palabras de Freud respecto de la transferencia, para así retomar aquello a lo que se refiere este autor como el “eterno retorno de lo igual” (Freud, 1976. Pág. 22) en Más allá del principio del placer:

El enfermo puede no recordar todo lo que hay en él de reprimido, acaso justamente lo esencial. Si tal sucede, no adquiere convencimiento ninguno sobre la justeza de la construcción que se le comunicó. Más bien se ve forzado a *repetir* lo reprimido como vivencia presente, en vez de *recordarlo*, como el médico preferiría, en calidad de fragmento del pasado. Esta reproducción, que emerge con fidelidad no deseada, tiene siempre por contenido un fragmento de la vida sexual infantil y, por tanto, del complejo de Edipo y sus ramificaciones; y regularmente se juega {se escenifica} en el terreno de la transferencia, esto es, de la relación con el médico. (Freud, 1976. Pág. 18)

Desde aquí se apunta a la implicación del sujeto en su acción, en su decir, una implicación que permita el pasaje del hacer que se pone en juego en el consumo, al decir que caracteriza a la experiencia analítica, para que de alguna manera esto que aparece como una incesante repetición de lo mismo, pueda tramitarse desde el discurso, pueda reelaborarse desde la transferencia en análisis. Desde estas coordenadas pienso que es posible plantear este lugar de escucha como guía, este lugar de la palabra a través del cual no se intenta llenar todo el vacío, ya que es algo que aparece dentro de la lógica de lo imposible, es la falta lo que permite la búsqueda, la continua formulación de lo que se desea, de lo que se quiere encontrar, como la utopía de Galeano, eso que te permite caminar.

Al reflexionar acerca de la labor que le concierne al psicólogo en todo esto, se me ocurre pensar que este trabajo del que hablo podría ser el de un donante de sentido en la era del sinsentido, donde lo que se busca es conmover algún signo de la época, hacer tambalear este mundo ilimitado, construir y sostener un momento de pausa frente a tanta urgencia. Considero, en base a lo planteado hasta aquí que es viable introducir la idea de la reconstrucción, percibir la posibilidad de recuperar algo del orden de lo singular, de lo propiamente intrínseco, para que los propios significantes del sujeto comiencen a emerger, que sea posible empezar a construir una historia y así comenzar a indagar acerca de lo qué hay detrás de la novela de cada uno, más allá del consumo.

No ser impaciente, dar tiempo y espacio para que la persona se descubra a sí misma, ser impaciente es repetir el síntoma, buscar una solución tan rápida como los efectos de la sustancia en el cuerpo. Considero que es necesario correrse de las condenas masivas y definitivas, sobre todo las que aparecen en el entramado social como algo establecido, como una verdad incuestionable, esto que muchas veces he escuchado de que una persona es adicta para toda la vida, que nunca va lograr hacer nada diferente con esa situación salvo resistir a la tentación de seguir consumiendo en un mundo que no para de ofrecer objetos para tal fin.

El sujeto que soporta en el cuerpo los efectos del tóxico, muchas veces viene de un circuito que lo rechaza, que lo expulsa, que lo estigmatiza, que lo señala. Ya sea desde la familia, las instituciones, desde su contexto social, la operatoria que los regula muchas veces es la segregación, la diferenciación, el encierro, es desde aquí que considero ineludible trazar las coordenadas necesarias para poder habilitar un espacio en el cual se lo pueda alojar, con el sentido que implica esta palabra, darle el lugar y el tiempo para que algo de su deseo acontezca, para que su modo de gozar se transforme en algo singular. El psicoanálisis, como sostiene López (2003), nos ofrece una advertencia sencilla pero transformadora: el problema y a su vez el camino que nos brinda las coordenadas para encontrar alguna respuesta al mismo, está en el sujeto y no en el objeto, ya que cualesquiera que sean los tóxicos empleados, la causa del padecimiento siempre es singular. Se trata en todo caso de que cada sujeto pueda hacer surgir de su silencio, aquel que le produce el consumo, aquel a través del cual cree que consigue acallar algo de su padecer, una palabra que lo identifique con lo propio de su discurso, que lo ubique en su padecimiento, que le permita construirse, buscar aquello que quiso encontrar con el consumo y que no halló, y que como dice la canción no estaba allí, sino atrás, en los trazos de su historia, en los sucesos singulares que dejaron huella, que dejaron marcas, que produjeron un eco que todavía hoy retumba.

Después de todo lo leído y desarrollado hasta aquí, considero que hablar de toxicomanías significa reflexionar acerca del hombre y de su relación con lo social, con lo cotidiano y la imposibilidad de lograr una satisfacción permanente, por lo tanto me resulta oportuno señalar lo que alguna vez dijo Jaques Lacan, en su discurso de Roma en 1956, refiriéndose al psicoanalista:

Es mejor que renuncie quien no pueda unir su horizonte a la subjetividad de su época. Pues cómo podría hacer de su ser el eje de tantas vidas aquel que no supiese nada de la dialéctica que lo lanza con esas vidas en un movimiento simbólico. El lugar del psicoanalista en relación a esta actualidad está cernido en este nuevo malestar en la cultura. (Lacan.1988. Pág. 309).

Referencias bibliográficas

- Assef, J. (2014). Revista Conclusiones Analíticas. Dossier: Lo masculino y lo femenino en el nuevo orden simbólico diálogos y tensiones entre el psicoanálisis y las teorías de género. La Plata. Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.
- Salamone, L. (2012). Alcohol, tabaco y otros vicios. Buenos Aires. Grama Ediciones.
- Salamone, L. (2014). El silencio de las drogas. Buenos Aires. Grama Ediciones.
- Lipovetsky, G. (2003). La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo. Barcelona. Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2008). Los tiempos hipermodernos, Barcelona. Anagrama.
- Dufour, D. (2007). El arte de reducir cabezas. Sobre la servidumbre del hombre liberado en la era del capitalismo total. Buenos Aires. Paidós.
- Bauman, Z. (2008). Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre. México. Conaculta/Tusquets. Editores.
- Bauman, Z. (2007). Vida líquida. Buenos Aires. Paidós.
- Casullo, N. (2004). El Debate modernidad-posmodernidad. 2ª edición ampliada y actualizada. Buenos Aires. Retórica Ediciones.
- Rabant, C. 2006. Clins (o la ruta en marcha). Rosario. Homo sapiens.
- Freud, S. (1991a). El malestar en la cultura (3º reimpresión). En Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1976). Psicología de las masas y análisis del yo (2º reimpresión). En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kuri, C. (1999). Introducción al Psicoanálisis. Rosario. Homo Sapiens.
- Le Poulichet, S. (2005). Toxicomanías y psicoanálisis. La narcosis del deseo. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Rodriguez Rech, M. (2017). Subjetividad postmoderna y patologías del consumo. Revista Topía. Recuperado de: <https://www.topia.com.ar/articulos/subjetividad-postmoderna-y-patologias-del-consumo>
- Organización Mundial de la Salud. (1989). Manual de clasificación de enfermedades CIE 10. Madrid
- Real Academia Española. Recuperado de: <http://dle.rae.es/srv/search?m=30&w=toxicoman%C3%ADa>
- Mattioli, G. 1989. Psicoterapia del Toxicómano. Un enfoque psicoanalítico. Barcelona. Ediciones Logos.
- Fleischer, D. (S.f.). Placer, goce y deseo en las toxicomanías. Antroposmoderno. Recuperado de http://www.antroposmoderno.com/antro-version-imprimir.php?id_articulo=524
- Mateu, A. (S.f.). Adicciones, la manera de silenciar el malestar. Recuperado de: <https://ipsesm.com.ar/adicciones-la-manera-de-silenciar-el-malestar/>
- Gutiérrez Segú, O. (S.f.). La adicción como sistema de cancelación del dolor de existir. Recuperado de: <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=372>
- Lacan, J. (1988). "Función y campo de la palabra y el lenguaje". En Escritos 1. Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores.
- López, H. (2003). Las adicciones, sus fundamentos clínicos. Buenos Aires: Lazos.